

unirse cordialmente al movimiento sanitario; de otro modo, poco bueno se podrá efectuar. Podréis proveer una cantidad suficiente de agua; sin embargo, si la mujer de la casa no la quiere usar como debe usarse, si es holgazana y desaseada, seguirá siendo la casa inmunda y desagradable. Podréis proveer para la ventilación; sin embargo, si no se sacan las materias ofensivas, y se dejan cerradas las puertas y ventanas, quedará excluido el aire puro de afuera, y la casa continuará oliendo á moho é insalubridad. ¡En cualquier caso, debe haber una mujer aseada para dirigir las cosas de la casa; y no puede ser hecha tal por un Acta del Parlamento! Los Comisionados Sanitarios no pueden convertir á la mujer con una *Notificación*, la que es de mal genio y desaliñada, en lista y aseada, casera y económica, ni al ebrio bullanguero, en un esposo laborioso y amante de su hogar. Tiene que haber, pues, esfuerzo individual de parte de la mujer en todo hogar doméstico de un operario. Según lo observa recientemente un escritor sobre la *Reforma del Hogar*:

“Debemos principiar insistiendo en que, por mucho que con justicia se atribuya á las viviendas los males físicos y morales de las clases trabajadoras, muy á menudo más se debe atribuir á ellos mismos. Porque es evidente, que el inquilino depende menos de la casa, que la casa del inquilino; como el espíritu tiene más poder sobre la materia, que la materia sobre el espíritu. Aunque sea una vivienda pobre é incómoda, con todo, una familia con hábitos decentes y de aseo, se esforzará en sacar el mejor partido de ella, y tendrá cuidado que no haya nada ofensivo sobre que tengan poder para alejarlo. Mientras que una casa modelo, arreglada con toda la comodidad y conveniencia que puede proporcionar la ciencia moderna, se convertirá muy luego en una ignominia y una porquería, si esta ocupada por personas de hábitos desarreglados y desaseados. Una parella arreglada, laboriosa y aseada dará un aspecto de decencia y de respetabilidad al alojamiento más pobre; mientras que el pródigo, el borracho, ó el tahir convertirán un palacio en una escena de desconsuelo y de tedio. Puesto que tanto depende,

del carácter y conducta de las personas mismas, es justo que sientan su responsabilidad en el asunto, y que sepan y atiendan los varios puntos que se relacionan con el mejoramiento de sus propios hogares domésticos.”

Mientras esta virtud importante debiera ser tenida constantemente en cuenta, debieran hacerse al mismo tiempo todos los esfuerzos posibles para proporcionar mayor abundancia de alojamientos, cómodos, decentes, y hermosos, para las clases trabajadoras; porque es de sentir que en muchos distritos están como obligados por las necesidades de su condición á gravitar en localidades, y habitar viviendas donde se hace casi imposible la decencia, donde la vida se convierte en un lento morir, y donde las influencias que obran sobre todas las energías humanas, físicas y morales, son de un carácter deletéreo.

Los hogares domésticos son fábricas de hombres, y conforme sean los hogares, así serán los hombres. El espíritu será degradado por las influencias físicas que le rodeen, la decencia será destruída por el contacto constante de la impureza y del contagio, y la grosería de las maneras, hábitos, y gustos, se hará inevitable. No podéis criar una naturaleza bondadosa, sensitiva contra el mal, cuidadosa de lo que es propio, y deseosa del progreso moral é intelectual, en medio de la obscuridad, la humedad, el desorden y el desconsuelo que desgraciadamente caracterizan á una parte tan grande de los alojamientos de los pobres en nuestras grandes ciudades, y hasta que, por uno ú otro medio, podamos mejorar sus conveniencias domésticas, tiene que ser considerada como inevitable su baja condición moral y social.

Necesitamos, no solamente una clase mejor de habitaciones, sino que precisamos que el pueblo sea educado de modo que las sepa apreciar. Un propietario irlandés de tierras sacó á sus arrendatarios de sus chozas de barro, y los mudó á viviendas cómodas que habfa mandado construir para ellos. Cuando regresó á su propiedad sufrió un desengaño grande. Las casas estaban tan sucias y tan incómodas como antes. El cerdo asomaba por debajo de la cama, y las gallinas picoteaban sobre

ella. El suelo de baldosas estaba tan sucio como lo había estado antes el de barro. Los vidrios de las ventanas estaban rotos, y el jardín lleno de malas hierbas. El propietario escribió con desesperación á un amigo. El amigo contestó: "Habéis principiado por el extremo opuesto. Debíais haberles enseñado el valor del aseo, de la economía, y de la comodidad." Para principiar por el principio, pues, debemos enseñar al pueblo la necesidad de la limpieza, su virtud, y su salubridad; á cuyo fin es necesario que sean inteligentes, capaces de entender las ideas transmitidas por palabras, aptos para discernir, aptos para leer, aptos para reflexionar. En pocas palabras, el pueblo, como los niños, tiene que ir primero á la escuela, y ser enseñado allí debidamente; mientras que nosotros hemos permitido que crezca el mayor número de los operarios sin enseñanza alguna, sin que casi la mitad de ellos sepan leer ni escribir, y á pesar de eso, ¡esperamos que manifiesten las virtudes, la prudencia, el criterio, y la previsión de seres bien educados!

Es de la mayor importancia enseñar al pueblo hábitos de aseo. Esto se puede hacer, sin enseñarles ni á leer, ni á escribir. La limpieza es más aun que la salubridad. Proporciona una atmósfera de respeto propio, é influye en la condición moral de toda la familia. Es el mejor expositor del espíritu de ahorro. Es á la economía de la familia, lo que la higiene al cuerpo humano. Debiera presidir en todo detalle del servicio doméstico. Indica la comodidad y el bienestar. Es uno de los atributos distintivos de la civilización, y señala el progreso de las naciones.

El doctor Palley solía llamar la atención en particular de los viajeros en países extranjeros, hacia lá condición del pueblo por lo que respecta al aseo, y las medidas locales para prevenir el contagio. Era de opinión que con ello se podía adquirir un conocimiento mayor de los hábitos de decencia, respeto propio é industria, y en su condición moral y social generalmente, más aun que de los datos de cualquiera otra descripción. Las personas son aseadas en proporción á lo que son decentes, laboriosas, y del respeto propio que se tienen. Los pueblos

desaseados no son civilizados. Las clases sucias de las grandes ciudades, son invariablemente las *clases peligrosas* de esas mismas ciudades. Y si nos proponemos civilizar á las clases que aún están por civilizar, tenemos que desterrar la suciedad de entre ellas.

Sin embargo, el desaseo no forma parte de nuestra naturaleza. Es un parásito que se alimenta de la vida humana y la destruye. Es asqueroso, repugnante. No puede haber belleza donde él exista. La mujer más bella se hace repulsiva con el desaseo; las criaturas molestas, impacientes y de mal genio, y los hombres degradados y abandonados. Hay poca modestia donde está la suciedad, — porque la suciedad es la indecencia. Poca pureza de espíritu puede haber donde la persona es impura; porque el cuerpo es el templo del alma, y debe ser limpiado y purificado para ser digno del relicario que tiene dentro. La suciedad tiene cierta afinidad con los goces egoístas y la embriaguez. Los investigadores sanitarios han sacado en limpio que las clases sucias son las clases que más se embriagan, y que son propensas á buscar en la estupidez de la cerveza, de la ginebra y el opio, un refugio contra la miserable depresión causada por las inmundas condiciones en que viven.

Apenas necesitamos mencionar la belleza así moral como física del aseo: el aseo manifiesta el respeto propio, y es la raíz de muchas hermosas virtudes, y especialmente de la pureza, delicadeza y decencia. Hasta podríamos ir más lejos, y decir que la pureza del pensamiento y del sentimiento resulta de la pureza habitual del cuerpo. Porque el espíritu y el corazón de los hombres, en una gran parte, están influidos por las condiciones y circunstancias externas; y el hábito y la costumbre, por lo que hace á cosas exteriores, se graban profundamente sobre todo el carácter, lo mismo en los sentimientos morales que en las facultades intelectuales.

Moisés fué el reformador sanitario más práctico. Entre las naciones orientales generalmente, forma el aseo parte de su religión. Lo estiman no solamente como algo próximo á la divinidad, sino como una parte de la divinidad misma. Unen la

idea de santidad interior con la purificación externa. Sienten que sería un insulto al Creador que adoran si fueran ante SU presencia cubiertos de impureza. De ahí que los mahometanos consagren tanto cuidado á la edificación de baños como á la de las mezquitas, y al lado del lugar dedicado á la oración, se encuentra generalmente el sitio para asearse, de modo que los fieles puedan tener á mano los medios de purificación previa á su acto de devoción.

“ ¡ Qué culto no hay, dice un gran escritor, en el mero lavado! quizá es una de las cosas más morales que están en la facultad del hombre, en la vida común. Desnúdate, métete en el baño, ó aunque sea, en el límpido remanso de un arroyo, y lávate allí y queda límpio; saldrás de allí más puro y mejor. ¡ Esta convicción perfecta de pureza externa, que á tu epidermis no hay ahora adherida ninguna mancha de imperfección, cómo relumbra sobre tí, hasta en lo más profundo de tu alma, con simbólicas influencias! Tienes una influencia aumentada hacia todas las cosas buenas, cualquiera que ellas sean. Los sabios orientales más antiguos, con goce y santa alegría, habían comprendido que así era, y que era don y voluntad del Creador.”

El bienestar común de los hombres, de las mujeres y los niños depende del cuidado de cosas que á primera vista pueden parecer relativamente triviales. Y á menos que estas pequeñas cosas sean atendidas, es absolutamente imposible la comodidad en la persona, el espíritu, y el sentimiento. La satisfacción física de un niño, por ejemplo, depende del cuidado de su alimentación, de su vestido y lavado. Estas son las más comunes de las cosas comunes, y son, sin embargo, de la importancia más esencial. Si el niño no es alimentado y vestido como conviene y con limpieza, crecerá débil y mal condicionado. Y conforme sea el niño, así será el hombre.

Las personas mayores no pueden estar cómodas sin un cuidado regular de estas cosas comunes. Cada uno necesita, y debiera tener comodidad en su hogar doméstico; y la comodidad es el producto unido del aseo, la economía, la regularidad, la laboriosidad, en pocas palabras, un cumplimiento

continuado de los deberes, cada uno en sí aparentemente trivial. El cocer una patata, hacer un pan, remendar una camisa, zurcir un par de medias, hacer una cama, barrer un piso, el lavado y vestir de una criatura, son todas cosas de poca importancia; pero una mujer debe saber cómo se hacen, antes que le pueda ser confiado el manejo de una casa por pobre que sea.

“ ¿ Por qué, preguntó lord Ashburton en una conferencia á los estudiantes de las escuelas de adiestramiento de Wolvesey, ¿ por qué fué la madre de una familia más económica y mejor que otra? ¿ Por qué pudo vivir una en la abundancia mientras que perecía la otra? ¿ Por qué, en alojamientos iguales, eran sanos los hijos de un pobre, y débiles y enfermizos los de otro? ¿ Por qué podía hacer este operario una tarea con facilidad, que hubiera muerto á su compañero? No fué la suerte ó el acaso lo que decidió esas diferencias; fué la paciente observancia de la naturaleza que sugirió á algunos espíritus privilegiados las reglas para su guía que habían escapado á la inadvertencia é imprevisión de otros.”

Sin embargo, no es tanto la paciente observancia de la naturaleza, como la buena educación en el hogar doméstico y en la escuela, lo que pone en estado á ciertas mujeres de poder realizar mucho más que otras, en el desarrollo de seres humanos, y en la promoción del esfuerzo humano. Y para hacerlo eficazmente, requieren las mujeres lo mismo que los hombres ser instruidos sobre la naturaleza de las cosas que tienen que obrar.

Tomad una rama de las ciencias como ejemplo, — la fisiológica. Sostenemos que en esta ciencia debe recibir toda mujer alguna instrucción. Y ¿ por qué? Porque si las leyes de la fisiología fueran comprendidas por las mujeres, llegarían los niños á ser hombres y mujeres, mejores, más sanos, más felices, y probablemente más sabios. Los niños están sujetos á ciertas leyes fisiológicas, cuya observancia es necesaria para su salud y comodidad. ¿ No es razonable, pues, esperar que las mujeres debieran saber algo de estas leyes, y de su modo de obrar? Si

las ignoran, estarán expuestas á cometer toda clase de torpezas, causantes de sufrimiento, enfermedad y muerte. ¿A qué debemos atribuir la espantosa mortalidad de niños en la mayor parte de nuestras grandes ciudades donde mueren la mitad de todos los que nacen antes de haber alcanzado el quinto año? Si las mujeres, lo mismo que los hombres, supiesen algo sobre las leyes de un modo de vivir sano; sobre la naturaleza de la atmósfera, cómo es necesaria para la salud, su acción libre sobre la sangre; de las leyes de la ventilación, limpieza, y nutrición, no podemos menos que creer que la condición moral, y física, de los seres humanos puestos á su cuidado mejoraría y progresaría mucho.

Si se diera algo parecido al debido cuidado sobre las cosas comunes, no habría semejante cantidad de malestar, enfermedad y mortalidad entre los niños. Pero nosotros acostumbramos á las personas á que obren como si no existieran semejantes prevenciones como leyes naturales. Si las violamos, no nos libramos de las consecuencias porque hayamos sido ignorantes de su modo de obrar. Hemos sido dotados de inteligencia para que *pudiéramos* conocerlas, y si la sociedad conserva ciegos é ignorantes á sus individuos, se cosechan irremediabilmente las malas consecuencias. Por eso perecen decenas de miles de seres por falta de conocimiento hasta de las condiciones más rudimentarias, y más necesarias del modo de vivir apropiado.

Las mujeres tienen también necesidad de que se les enseñe el arte importante de la economía doméstica. Si ellas no ganan los ingresos de la familia, tienen á lo menos que gastar ese dinero ganado; y su instrucción debiera tender á saber gastar ese dinero sabiamente. Para este fin, es absolutamente necesario algún conocimiento de aritmética. Habrá quien diga *¿Qué uso puede tener la aritmética para una mujer?* Pero cuando se casan los hombres, lo hallan muy luego. Si la mujer que tiene que administrar una casa de familia ignora la adición y la multiplicación, y si deja de llevar un apunte de sus ingresos y sus gastos, antes de mucho tiempo se hallará en serias difi-

cultades. Encontrará que no podrá hacer que se avengan los gastos con los ingresos, y en seguida contraerá deudas. Si gasta demasiado en vestidos, tendrá muy poco para la manutención y la educación. Hará prodigalidades en una cosa ó en otra, y de ese modo colocará en grandes apuros á la familia. También podrá poner á su esposo en dificultades á causa de las deudas que haya contraído, y dará un principio á sus desventuras, y quizá á su ruina.

Mucho se podría decir en favor del manejo de una casa de familia, y especialmente en favor del arte de cocinar mejorado. Alimentos mal condimentados son causa de malestar en muchas familias. Mala condimentación es desperdicio, desperdicio de dinero y pérdida de comodidad. Á aquellos á quienes Dios ha unido en matrimonio, muy á menudo los han separado carnes mal guisadas y patatas mal cocidas. Entre las "cosas comunes", que debieran enseñar los profesores á la nueva generación, no debiera, por cierto, ser pasado esto por alto. Es la parte más vulgar y con todo la más descuidada en la educación femenina.

La mayor parte del trabajo humano está ocupada en la producción directa de los materiales para el alimento humano. Las clases agricultoras y las labradoras se consagran al plantío, al cuidado y á la cosecha de la cebada y otros cereales, y el ganadero á la producción de ganado mayor y menor para la manutención de la población en general. Todos estos artículos, maíz, carne de vaca, de carnero y demás, son entregados á la mitad femenina de la especie humana para ser convertidos en alimentos, para su manutención, la de sus esposos y de sus familias. ¿Cómo usan su facultad? ¿Pueden cocinar? ¿Han sido enseñadas á cocinar? ¿No es una verdad que en este país es el arte de cocinar una de las artes que se han perdido ó que no han sido descubiertas?

Millares de artesanos y trabajadores están privados de la mitad de la nutrición efectiva de sus alimentos, y continúan medio hambrientos, porque sus mujeres ignoran completamente el arte de cocinar. Aun están en el mayor atraso sobre

el modo de economizar los alimentos, y sobre la manera de hacerlos sabrosos y digeribles.

Hasta las clases medias están mal servidas en este concepto. " Si pudiéramos ver, dice un escritor público, con la ayuda de un Asmodeo, lo que pasa á la hora de comer en la parte menos acomodada de la clase media, ¿qué espectáculo de malestar, desperdicio, malhumor, y consiguiente mala conducta no sería aquello? El marido se querella con la mujer porque nada hay que pueda comerse y generalmente equilibra con bebidas las deficiencias de los artículos alimenticios. De ese modo existe, no solamente el desperdicio directo de alimento y detrimento de la salud sino además el consiguiente desperdicio del uso de bebidas espirituosas, con sus daños para los hábitos y la salud ".

Por otra parte, las personas que comen bien, beben moderadamente, pues la satisfacción del apetito hace innecesaria la necesidad de recurrir á los estimulantes. El buen humor, también y la buena salud, siguen á una buena comida; y por una buena comida entendemos cualquier cosa, por sencilla que sea, bien condimentada á su modo. Un hombre rico podrá vivir costosamente y muy mal; y un hombre pobre podrá vivir frugalmente y muy bien, si tiene la buena fortuna de tener una buena cocinera en su mujer ó en su sirvienta.

La unidad más inútil en una familia es una mujer mala administradora, ó una mujer indolente, de cualquier clase que sea. El bello sexo suele ser muy perspicaz algunas veces en lo que le concierne. Tienen apretadas las riendas en lo que respecta á sus modistas y costureras. Distinguen hasta el ancho de un hilo, cuando el fleco es muy angosto ó una alforza muy cogida. Pero si su saber sólo se extiende á sus trajes, no son idóneas para ayudar, sino cargas. Si nada saben de su cocina, y están á merced de la cocinera, muy pronto se hará su mesa insoportable. Mala sopa, el pescado pasado y blanducho, la carne quemada por fuera y cruda por dentro. El esposo huirá muy pronto del festín *Barmecide* y se refugiará en un

club, donde no solamente encontrará comida que pueda digerir, sino al mismo tiempo huirá de la discordia doméstica que generalmente acompaña á los alimentos mal condimentados en casa.

Dice Mr. Smee que " las enfermedades de los órganos digestivos exceden con mucho en Inglaterra al número relativo que hay en otros países. „ La razón es que en ningún otro país comen los hombres tanto alimento mal condimentado. El menos observador de los viajeros debe haber quedado sorprendido de la prontitud con que hace su aparición en las fondas extranjeras una comida de ocho ó diez platos de varias clases; particularmente se recuerda la perpetua chuleta de carnero y patatas machacadas de los caminos ingleses. Recuerda el autor haber llegado una vez á una hostería en el camino real de un remoto lugar en el Delfinado, inmediato al pie del *Pic du Midi*. Al ver el piso de arcilla y lo usado del ajuar, observó á su amigo " Es seguro que aquí no conseguiremos comida. " " Esperad hasta que lo veáis, " le contestó éste. Como á la media hora estaba cubierta con un mantel limpio la mesa (aunque apuntalada); é hicieron su aparición platos sucesivos de sopa, aves, rosbif, patatas fritas, habichuelas, con pan y manteca frescos. En las fondas principales de la mayor parte de los pueblos de provincia de Inglaterra, no habría sido posible lograr una comida semejante.

Grande sería el provecho general si el arte de cocinar fuera más conocido y habitual de la educación femenina. Para los pobres sería incalculable el provecho. Entre los premios que los generosos de ambos sexos tienen placer en regalar en el campo, gustaríamos ver que algunos fueran ofrecidos á la patata mejor cocida, á la mejor chuleta de carnero asada en las parrillas, y al mejor almodrote, sopa ó caldo. Al escribir sobre una patata bien cocida, sabemos perfectamente que hemos de incurrir en el desdén de muchos por dar importancia á una cosa que suponen ser tan común. Pero la verdad es que su desdén emana, como á veces sucede con el desdén, de ignorancia, no habiendo una entre cien personas que jamás

haya visto y probado esa gran curiosidad, una patata bien cocida”(1).

En pocas palabras : carecemos de sentido común en el arte de cocinar, como en la mayor parte de las cosas. Los alimentos deben usarse, pero no malgastarse. Mucho de ello es ahora desperdiciado absolutamente, desperdiciado por falta de un poco de arte en guisarlo. El alimento no es desperdiciado solamente por mala cocina, sino que mucho de él es arrojado, que las mujeres francesas convertirían en algo sabroso y digerible. La salud, el ánimo y los goces de la familia, están todos enlazados con la cuestión del arte de cocinar. Sobre todo, es la asistenta del *ahorro*. Saca todo el partido posible de los dones de Dios. Nada desperdicia, sino que lo aprovecha todo. Toda mujer inglesa, ya sea gentil ó sencilla, debiera saber bien el arte que confiere tanto bienestar, salud, y riqueza á los individuos de su familia.

“ Me parece, dijo la señora Margarita Grey, que con un aumento de riqueza distribuído sin igualdad y una aglomeración de población, ha surgido entre nosotros una cultura espuria, que sujeta la energía, y circunscribe la utilidad de la mujer en la clase superior de la sociedad. Una dama, para ser tal, debe ser una dama y nada más... Despedidas las damas de la quesería, de la confitería, la despensa, del cuarto de destilar, del corral de las aves y de la huerta (podía haber agregado del torno de hilar), difícilmente han encontrado hasta ahora para ellas una esfera igualmente útil é importante en las ocupaciones del comercio y del arte, á que poder aplicar sus ocios demasiado abundantes.

“ ¿ Cuándo, ni en qué época, ha presentado la sociedad por una parte tan gran despliegue de los individuos respetablemente educados, embargados por falta de una ocupación conveniente, y por la otra, una multitud tan importante de pobres no educados, y abandonados, que no pueden, sin ayuda, elevarse desde su miseria y degradación? ¿ Qué obstáculo para la

(1) *Examiner*.

utilidad y toda eminencia de carácter, es el ser demasiado rico, ó emparentado demasiado elevadamente para poder trabajar en alguna cosa! ” (1)

Muchas damas inteligentes y de elevados pensamientos que se han sentido disgustadas de la ociosidad á que las condena la *sociedad*, han emprendido en estos últimos años la tarea de visitar á los pobres y cuidarlos en sus enfermedades; noble tarea por cierto. Pero hay otra escuela para ser útil que les está abierta. Que aprendan el arte común de cocinar, y que difundan su conocimiento entre el pueblo. De ese modo harían una inmensa cantidad de bien; y se atraerían bienhechoras bendiciones de muchos maridos semihambrientos. Las mujeres de las clases más pobres necesitan mucha ayuda de aquellos que están mejor educados, ó han sido colocados en mejores circunstancias que ellos. La mayor parte de ellas se casan jóvenes, y de pronto entran en una vida para la cual no han recibido la más ligera preparación. Nada conocen del arte de cocinar, de coser ó de remendar ropas, ó de la manera económica de gastar el dinero de su esposo. De ahí los hábitos desaliñados y desaseados, los hogares domésticos enfadosos, de los cuales tiene gusto á menudo el marido de huir para refugiarse en la taberna más inmediata. La siguiente historia referida por José Corbett, operario de Birmingham, ante una Comisión del Parlamento, es aplicable á muchos operarios de los distritos fabriles :

“ Mi madre, — dijo, trabajó desde muy tierna edad en una fábrica. Era inteligente y laboriosa, y, además, tenía la reputación de ser virtuosa. Era considerada como un excelente partido para un operario. Se casó joven. Fué madre de once hijos : yo soy el mayor. Cumplió según su mejor saber y entender sus deberes de esposa y de madre. Pero era lamentablemente deficiente en conocimientos domésticos. En la más importante de todas las instrucciones humanas, ¿ cómo hacer que su hogar tuviera el mayor encanto para su marido y sus

(1) *Memoria de Juan Grey, de Dalston*, p. 290.

hijos si no había recibido una sola lección? Tenía hijos á menudo. Conforme se restablecía de su parto, se iba al trabajo, siéndole llevada la criatura en momentos dados para alimentarla. Á medida que aumentaba la familia, iba desapareciendo todo lo que se parecía á bienestar. La facultad de hacer alegre y cómodo el hogar doméstico no le fué nunca concedida. No sabía el valor de hacer penetrar el espíritu de mi padre con un amor por los asuntos domésticos. Bajo el techo de mi padre no vi ni un momento de felicidad. Todo este melancólico estado de cosas lo atribuyo claramente á la ausencia completa y perfecta de toda enseñanza é instrucción de mi madre. Él se hizo intemperante: y su intemperancia le llenó de necesidades. Hizo ella muchos esfuerzos para no tener que hacer el trabajo de fábrica, pero sus necesidades pecuniarias la obligaban á volver á él. La familia era crecida, y cada momento era requerido en la casa. Yo la he visto, después del trabajo duro de todo el día, estar levantada casi toda la noche lavando y remendando la ropa; y esto durante varias noches seguidas. Mi padre no podía hallar allí bienestar. Estas obligaciones domésticas, que en una casa bien arreglada (aun en la de un operario, donde exista prudencia y buena administración) serían hechas de manera que no molestaran al marido, eran para mi padre una especie de enfado, y buscaba bienestar en un despacho de cerveza, gracias á una idea ignorante y errada. La ignorancia de mi madre de las obligaciones del manejo de una casa, la irritabilidad é intemperancia consiguiente de mi padre, la espantosa pobreza, el constante querellar, el pernicioso ejemplo para mis hermanos y hermanas, el mal efecto sobre la conducta futura de mis hermanos, siendo obligados todos nosotros á trabajar desde tan niños que nuestras débiles ganancias de una semana no pasaban de un chelín, el frío y el hambre, y los innumerables sufrimientos de mi niñez, se aglomeran á mi espíritu y me agobian. Mantienen vivos una profunda ansiedad por la emancipación de millares de familias en esta gran ciudad (Birmingham) y sus alrededores, que están en un estado igual de horrible miseria. Mi propia expe-

riencia me dice que la instrucción de las mujeres en los quehaceres de una casa, al enseñarles á producir el contento y bienestar en el hogar, evitaría una gran cantidad de miseria y quizá de crimen. Habría menos maridos borrachos é hijos desobedientes. Como operario, en el círculo de mi observación, digo que está vergonzosamente descuidada la educación de la mujer. Doy á esto más importancia que á cualquier otra cosa, porque las mujeres implantan las primeras impresiones en el espíritu joven y susceptible; allí modela el niño de que se orma el futuro hombre."